

El renacimiento

El té está demasiado caliente todavía, humea y consigue empañar los cristales de las gafas que retiro mientras froto mis ojos cansados y somnolientos. Son cerca de las dos de la madrugada y la blancura del documento Word que tengo delante molesta tanto como el dolor de cuello.

La cortina se mueve al ritmo que marca la brisa que entra por el balcón. De fuera, llega el ruido apagado de los coches y las voces de algún que otro grupo de jóvenes escandalosos.

Me paro en seco al notar una corriente de aire muy frío que ha bañado, a su paso, mi espalda casi desnuda y que me hace estremecer agitando mi corazón durante unos segundos interminables. No quiero girarme, siento pánico, pero lo supero.

Me pongo las gafas, volteo la silla y casi sin pensarlo me veo observando mi cama. A los pies de la misma, sentada, Yolanda Ivanova me observa. Sonríe simpática tras sus gafas de pasta negra.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Al abrirlos, descubro que Yolanda Ivanova ha desaparecido. En su lugar se encuentra mi gata. Mina se despereza, arquea tanto su espalda que casi podría rozar el techo. No quiero pensar mal, no quiero sentir miedo, sólo estoy cansada. Las palabras no fluyen y el Word permanece vacío. Eso es lo que pasa, estoy estresada. No ha sido un buen día. Decido meterme en la cama sin recoger la mesa de trabajo ni tomarme el té. Duermo con la luz de la mesita de noche encendida y con un ojo abierto observando de vez en cuando los escasos movimientos de Mina que descansa tranquila. Aun así, duermo.

Las obras del mercado me despiertan mucho antes que la luz transversal que entra por el balcón abierto y las ventanas. Todo está en su sitio menos mi gata.

Son cerca de las ocho de la mañana, tengo sueño y un hambre feroz, así que me levanto y voy directa a la cocina, hago una parada breve en el portátil. Mi facebook tiene un millón de comentarios y avisos. Mi blog continúa sin nuevos visitantes.

Recojo la taza de té y enciendo la cafetera mientras busco la atención de Mina con un susurro. Es un martes más de una semana que seguramente no será rutinaria, aunque sí espero que mucho más productiva que las últimas.

María asoma por la ventana del patio de luces donde tendemos la ropa. Suele funcionar como punto de encuentro. Por las mañanas, después de saludarnos cotilleamos. Me llama con un grito intenso y su hermoso acento brasileño, *Magaliiiii*.

Me propone desayunar con ella y la Sra. Paquita a lo que me niego, pues eso en realidad significa comer, merendar, y depende de cómo, hasta cenar; cosa que no puedo permitir porque entonces mi novela se morirá de asco.

María Creuza es una brasileña alta y morena, bastante culona, que cuida de la Sra. Paquita desde hace más de diez años. Es bastante guapa y risueña. Se vanagloria de llamarse igual que la cantante. Tiene una hija, Melina, de dieciséis años que vive con ella y con su hermana Manuella y otro hijo de diecinueve, Joao, que vive con su padre en Río y al que no ve desde que emigró a Barcelona.

A Melina tampoco la ve mucho. La chiquilla está teniendo una edad del pavo desastrosa. Está arisca y normalmente los domingos y lunes, que es cuando libra María de casa de la Sra. Paquita, Melina está desaparecida.

A veces, cuando el bajón adolescente se apodera de la cría, visita a su madre y le alegra la tarde. Alguna que otra noche también visita a la Sra. Paquita que aprovecha para contarle el momento en que bailó con Antonio Machín en una fiesta de la época, cuando apenas era una adolescente. De paso se lanza a contarle todas las batallitas de juventud que todavía recuerda como si hubieran ocurrido ayer.

María me cuenta que el domingo por la tarde estuvo en el Samba Brasil y que estaba "petao" de brasileños. Aunque Emilio no pasó a saludarla se ríe burlona, recuerda que, a pesar de eso, público no le faltó. Y no me extraña, pienso antes de comentarle que me marchó tras diez minutos de cháchara.

—*María, me meto dentro que tengo que hacer.* —No le cuento todavía lo de Yolanda Ivanova, porque entonces no desayuno hasta las doce y porque además, no quiero darle importancia a lo que pasó anoche.

Mi blog personal está caduco desde que me puse a escribir esta deseada novela que me mantiene insomne. Bueno, desde que me puse a escribir mi novela, que es mía y de nadie más, ahora que sólo la leo yo mientras la escribo, y desde que me quedé en paro y decidí darle un cambio radical a mi vida.

Exactamente nueve meses después de mi separación me quedé sin trabajo. Seguía compartiendo el piso con mi ex hasta que ordenáramos los temas económicos que nos ataban. Por suerte, yo trabajaba en una multinacional que me indemnizó muy por encima de lo que me hubiese correspondido. Esto me permitió tomar decisiones que en otra situación me hubieran resultado imposibles. Me trasladé a este ático de la calle Fusina de Barcelona, que por motivos que más tarde relataré, se alquilaba a un precio muy por debajo de lo que se acostumbra en la zona.

Desde el minúsculo balcón puedo ver el mercado del Born y disfrutar de un barrio lleno de vida a escasos minutos de la playa. La idea es escribir, de una vez por todas, mi primera novela. No me gustan los plazos, pero me he marcado tenerla lista antes de un año. Y ya llevo casi diez meses empapándome de vida en este ático y la novela se pierde entre la marea de mis emociones.

Sea como sea, es mi año sabático antes de volver al mundo laboral. Aunque no lo he abandonado del todo, pues desde hace casi dos meses colaboro con mi nuevo amigo

Ricard en la elaboración de entrevistas a cantantes, actores, escultores, escritores y cualquier artista emergente, de los muchos que siempre afloran por la ciudad y alrededores, para diversas revistas digitales y blogs. Me lo paso realmente pipa.

Aunque Ricard, a través de su empresa "Ric— Art" me da trabajo a cuentagotas, estoy motivada y dispuesta a hacerlo realmente bien. La verdad es que este chico es un encanto. Lo he conocido a través de Oriol, uno de los nietos de la Sra. Paquita. Está enamorado como un bobo de una monada de fotógrafa, aunque yo no le veo la gracia, llamada Francesca, que le da una de cal y otra de arena. Desde que nos conocemos me cuenta cómo la bonita fotógrafa le da esperanzas para seguir. Su meta es enamorarla, a pesar de que es consciente que la mayoría de las veces Francesca lo trata como a un perro.

Yo a este chico lo quiero con locura porque es dulce, extremadamente inteligente y creativo. Intercambiamos relatos y los criticamos entre cafés y cenas muy entretenidas donde no falta el buen vino. Como jefe es un tío comprensivo y muy abierto.

Mi blog personal está caduco, sí, pero lo reviso cada día. El último relato que publiqué ha tenido muy pocos visitantes. Sin embargo, esta tarde me ha sorprendido un comentario de un usuario desconocido. Me he reído con ganas porque ha clavado, tal cual yo lo sentí al crearlo, al personaje masculino, así que algo debo estar haciendo bien.

De repente comprendo que estoy cansada de leer y de pensar. La noche se está apoderando por momentos del día y me noto muy inquieta. Me voy a ver a María y a la Sra. Paquita que acaban de cenar para charlar un rato con ellas y jugar a la brisca, como hacemos normalmente por las tardes, y así olvidarme e intentar ignorar que lo que me lleva a visitar a estas horas a mis vecinas es el miedo a girarme de repente y encontrarme otra vez, sin pedirlo, con Yolanda Ivanova.

¿Qué hace que un bonito ático en pleno y cotizado barrio del Born se alquile por casi menos de la mitad de lo que pagan el resto de vecinos?

Mi piso tiene cerca de setenta y cinco metros cuadrados sin contar el pequeño balcón. Sus antiguos dueños, Jairo Daniel Pekarovich, un adinerado judío argentino de cuarenta y cinco años y Yolanda Ivanova, una ucraniana de veintisiete, que sabía cuatro idiomas, tiraron todas sus paredes y lo convirtieron en un *loft* espacioso y luminoso.

El suelo de toda la instancia, de un parqué oscuro. Los techos altos, de un blanco radiante. Una decoración minimalista y fresca, con toques sofisticados. Una cocina americana totalmente equipada. Cuando abres la puerta, te encuentras frente al balcón. A mano derecha, la habitación de matrimonio, a mano izquierda la cuidada cocina, y unos pasos por detrás, y en paralelo, el cuarto de baño que disponía de bañera de hidromasaje antes de que yo entrara a vivir.

El baño, es la única estancia del ático con paredes para preservar un poco la intimidad. Mi amiga Ana, de la inmobiliaria, me convenció para que fuera a visitarlo. El barrio me encantaba y si estaba decidida a ser valiente en mi nueva vida no veía el por qué no podía vivir en ese ático.

Me enamoré al instante del lugar. Lo único que pedí a Ana fue alquilarlo vacío, sin ningún mueble y que cambiaran la bañera por una ducha. Ana vaciló ante esta petición ya que suponía una pequeña reforma, pero después de más de dos años intentando sin éxito alquilarlo, aceptó sin demora.

He convertido este ático en una guarida imprescindible para mí. Casi todos los trastos que he aportado son de mi piso anterior y de segunda mano. Le he dado un aire moderno y a la vez bohemio, mezclando todo tipo de estilos, pero con gusto.

Los escasos amigos que me visitan quedan admirados, dicen que mi personalidad está impresa en cada rincón. Hasta Mina ha dejado de ser una gata estirada y compleja

porque ha encontrado un rincón confortable y a una dueña mucho más segura que hace unos meses. Enfrente del gigante y viejo portón que hace de entrada al piso, y separados por un chirrioso ascensor, está el ático de la Sra. Paquita y mi querida María. Nos hemos adoptado mutuamente. Es increíble el feeling que puedes llegar a tener con personas desconocidas y completamente diferentes a ti. A la Sra. Paquita le perdono que de vez en cuando me ponga el "Devórame otra vez" a toda leche y a María, el ser tan bruja, me conoce mejor que mi madre.